

como si fuera cristal
 por donde se viera Pedro.
 No la vieron los contrarios,
 y vióla invidioso el cielo,
 de ver en tan poca nieve
 un elemento de fuego :
 desmayóse, ya vencida
 del poderoso tormento,
 cubriendo los bellos ojos
 muerte, amor, silencio y sueño.
 Entre tanto el campo todo
 aquí y allí van corriendo,
 vencedores y vencidos,
 soldados y caballeros ;
 «y los de Enrique
 »cantan, repiten, y gritan :
 »viva Enrique ; y los de Pedro
 »clamorean, doblan, lloran
 »su rey muerto.»

XX

D. Juan primero de Castilla se salva de la batalla de Aljubarrota en el caballo que le da Pero González de Mendoza, el cual muere en ella peleando

(Anónimo)

—Si el caballo vos han muerto,
 subid, rey, en mi caballo ;
 si en pié no podéis tenervos,
 llegad, subirvos he en brazos.
 Poned un pié en el estribo,
 y el otro sobre mis manos ;

catad que cresce el gentío :
 magüer fine yo, salvadvos.
 Un tanto es blando de boca,
 bien como á tal sofrenadlo ;
 non vos empache el pavor ;
 dalde rienda y picad largo.
 Lo que sembrastes en mi
 vos lo torno mejorado,
 que nunca la buena tierra
 negó el fruto ningún año.
 Non vos obligo en tal fecho
 nin me fincáis adeudado,
 que tal escatima deben
 á los reyes sus vasallos :
 y si es verdad lo que digo,
 non dirán los castellanos
 en oprobio de mis canas
 que vos debo et non vos pago ;
 nin las dueñas de Castilla,
 que á sus maridos fidalgos
 dejo en el campo difuntos,
 é salgo vivo del campo.
 Menos causa tuvo Eneas,
 pues quando fizo otro tanto,
 tan solo salvó á su padre,
 y al padre de todos salvo.
 Pero si en la lid sangrienta,
 por la dicha del contrario,
 en vuesto servicio, Rey,
 finco yo fecho pedazos,
 á Diágote os encomiendo ;
 catad por aquel mochacho :
 sed padre é amparo suyo,
 é Dios sea en vuestro amparo.—
 Esto dijo el montañés,
 señor de Hita y Buitrago,

al rey don Juan el primero,
y entróse á morir lidiando.

XXI

Descríbese el aparato y concurso que hubo en
el suplicio de D. Álvaro de Luna

(De D. Francisco de Quevedo)

«Hagan bien para hacer bien
por el alma d'este hombre.»
Al són de las campanillas
van diciendo en altas voces :
—Dén para enterrar el cuerpo
del rico ayer, y hoy tan pobre,
que si no le dan mortaja,
no la tiene, ni hay de dónde.
Mueva á compasión su muerte;
socorrelde, pretensores,
pues que tanto dió y dar pudo
á tantos de los que le oyen.
El que daba dignidades,
haciendo duques y condes,
grandes, marqueses, prelados,
maestres, comendadores;
el que con la voluntad
pudo hacer y hizo hombres,
como delincuente muere :
«dalde limosna, señores.»
Ayer el mundo mandó ;
hoy de un bochín sucio y torpe *verdugo*
se sujeta al proceder,
y humilde á sus piés se pone.
Por estas calles que hoy pasa
entre confusos pregones,

le vimos acompañado
del mismo rey y su corte,
y ¡ dichoso el que alcanzaba
su lado, ó ponerse adonde
con su vista le alcanzase,
ya que no con sus razones!
Hoy á este mismo acompañan
mil populares montones
de gente ociosa, perdida,
vagamundos, malhechores.
El que pudo lo que quiso
con los dados por tutores,
como delincuente hoy muere :
«dalde limosna, señores.»
¡ Oh mundo vano, caduco,
cómo pagas á quien pone
sus esperanzas en ti !
¡ Y cuán pocos te conocen !—
Esto un cofrade decía
de la Caridad á voces,
cuando par la Costanilla
un tropel de gente rompe.
La guardia del rey don Juan
se divide en escuadrones,
para que de su justicia
la ejecución no se estorbe:
gran cantidad de alguaciles,
dos alcaldes de su corte,
tres capitanes con gente
por las calles y cantones :
«plaza, aparte, aparte,» claman
diciendo los muñidores:
«Hagan bien para hacer bien
por el alma d'este hombre.»
En medio viene el de Luna
rompiendo los corazones,

en una mula enlutada,
 capuz hasta los talones,
 una caperuza negra,
 agravado con prisiones,
 á los lados uno y otro
 un par de predicadores.
 Todos se conmueven de él,
 no hay quien de vello no llore,
 y al preguntar por qué muere
 todos los hombros encogen:
 los pregoneros lo dicen,
 unos á otros lo responden.
 Llegaron á un cadahalso,
 encima del cual le ponen,
 teatro de su tragedia,
 donde lo que dicen oye:
 «Hagan bien para hacer bien
 por el alma d'este pobre.»

XXII

Pregunta el rey á Abenámar su prisionero, sobre
 las cosas de Granada, á cuya ciudad estrechó
 tanto el sitio, que obligó á su rey á rendirle
 tributo.

(Anónimo)

Por Guadalquivir arriba
 el buen rey Don Juan camina:
 encontrara con un moro
 que Abenámar se decía.
 El buen Rey desde que lo vido
 d'esta suerte le decía:
 —Abenámar, Abenámar,
 moro de la morería,

hijo eres de un moro perro
 y de una cristiana cativa.
 Tu padre llaman Hali
 y á tu madre Catalina.
 Cuando tú naciste, moro,
 la luna estaba crecida,
 y la mar estaba en calma,
 viento no la rebullía.
 Moro que en tal signo nace
 no debe decir mentira:
 preso tengo un hijo tuyo,
 yo le otorgaré la vida,
 si me dices la verdad
 de lo que preguntaría.
 Moro, si no me la dices,
 á ti también mataría.
 —Yo te la diré, buen Rey,
 si tú me otorgas la vida.
 —Dígame la tú, el moro,
 que otorgada te sería.
 ¿Qué castillos son aquellos,
 que altos son y relucian?—
 —El Alhambra era, señor,
 y la otra es la Mezquita;
 los otros los Alixares
 labrados á maravilla.
 El moro que los labró
 cien doblas ganaba al día,
 y el día que no los labra
 de lo suyo las perdía:
 desde que los tuvo labrados,
 el Rey le quitó la vida
 porque no labre otros tales
 al rey del Andalucía.
 La otra era Granada,
 Granada la noblecida

de los muchos caballeros
y la gran ballestería. —
Allí habla el rey Don Juan,
bien veréis lo que decía :
—Granada, si tú quisieses
contigo me casaría:
daréte en arras y dote
á Córdoba y á Sevilla,
y á Jerez de la Frontera,
que cabe sí la tenía.
Granada, si más quisieses,
mucho más yo te daría. —
Allí hablara Granada,
al buen Rey le respondía :
—Casada só, el rey Don Juan,
casada, que no viuda ;
el moro que á mí me tiene
bien defenderme querría. —
Allí habla el rey Don Juan,
estas palabras decía :
—Échenme acá mis lombardas
Doña Sancha y Doña Elvira,
tiraremos á lo alto,
lo bajo ello se daría. —
El combate era tan fuerte
que grande temor ponía :
los moros del baluarte,
con terrible algacería
trabajan por defenderse,
mas hacello no podían.
El rey moro que esto vido
prestamente se rendía,
y cargó tres cargas de oro ;
al buen Rey se las envía :
prometió ser su vasallo *truberto*
con parias que le daría.

Los castellanos quedaron
contentos á maravilla.
Cada cual por do ha venido
se volvió para Castilla.

XXIII

Batalla de los Alporchones, en que Quiñonero
queda cautivo

(Anónimo)

Allá en Granada la rica
instrumentos oí tocar
en la calle de los Gomeles,
á la puerta de Abidbar,
el cual es moro valiente
y muy fuerte capitán.
Manda juntar muchos moros
bien diestros en pelear,
porque en el campo de Lorca
se determina de entrar ;
con él salen tres alcaldes,
aquí los quiero nombrar :
Almoradí de Guadix,
éste es de sangre real ;
Abenacizes el otro,
y de Baza natural :
y de Vera es Alabez,
de esfuerzo muy singular,
y en cualquier guerra su gente
bien la sabe acaudillar.
Todos se juntan en Vera
para ver lo que harán ;
el campo de Cartagena

acuerdan de saquear.
 Á Alabez, por ser valiente,
 lo hacen su general ;
 otros doce alcaides moros
 con ellos juntado se han,
 que aquí no digo sus nombres
 por quitar prolijidad.
 Ya se partían los moros,
 ya comienzan de marchar,
 por la fuente de Pulpé,
 por ser secreto lugar,
 y por el puerto los Peines,
 por orillas de la mar.
 En campos de Cartagena
 con furor fueron á entrar ;
 cautivan muchos cristianos,
 que era cosa de espantar.
 Todo lo corren los moros
 sin nada se les quedar ;
 el rincón de San Ginés
 y con ellos al Pinátar.
 Cuando tuvieron gran presa
 hacia Vera vuelto se han,
 y en llegando al Puntarón,
 consejo tomado han
 si pasarían por Lorca,
 ó si irían por la mar.
 Alabez, como es valiente
 por Lorca quería pasar,
 por tenerla muy en poco
 y por hacerle pesar ;
 y así con toda su gente
 comenzaron de marchar.
 Lorca y Murcia lo supieron ;
 luégo los van á buscar,
 y el comendador de Aledo,

que Lisón suelen llamar,
 junto de los Alporchones
 allí los van á alcanzar.
 Los moros iban pujantes,
 no dejaban de marchar ;
 cautivaron un cristiano,
 caballero principal,
 al cual llaman Quiñonero,
 que es de Lorca natural.
 Alabez, que vió la gente,
 comienza de preguntar :
 —Quiñonero, Quiñonero,
 dígame tú la verdad,
 pues eres buen caballero,
 no me la quieras negar :
 ¿ Qué pendones son aquellos
 que están en el olivar ?—
 Quiñonero le responde,
 tal respuesta le fué á dar :
 —Lorca y Murcia son, señor,
 Lorca y Murcia, que no más,
 y el comendador de Aledo,
 de valor muy singular,
 que de la francesa sangre
 es su prosapia real.
 Los caballos traían gordos,
 ganosos de pelear.
 Allí respondió Alabez,
 lleno de rabia y pesar :
 —Pues por gordos que los traigan,
 la Rambla no han de pasar,
 y si ellos la Rambla pasan,
 ¡ Alá, y qué mala señal !—
 Estando en estas razones
 allegara el mariscal
 y el buen alcaide de Lorca,

con esfuerzo muy sin par.
 Aqueste alcaide es Faxardo,
 valeroso en pelear;
 la gente traen valerosa,
 no quieren más aguardar.
 Á los primeros encuentros
 la Rambla pasado han,
 y aunque los moros son muchos,
 allí lo pasan muy mal.
 Mas el valiente Alabez
 hace gran plaza y lugar.
 Tantos de cristianos matan,
 que es dolor de lo mirar.
 Los cristianos son valientes,
 nada les pueden ganar;
 tantos matan de los moros,
 que era cosa de espantar.
 Por la sierra de Aguaderas
 huyendo sale Abidbar
 con trescientos de á caballo,
 que no pudo más sacar.
 Faxardo prendió á Alabez
 con esfuerzo singular.
 Quitáronle la cabalgada,
 que en riqueza no hay su par.
 Abidbar llegó á Granada,
 y el Rey lo mandó matar.

XXIV

El alcaide de Antequera pide al rey moro socorro para defensa de esta plaza, que al fin se rinde al infante Don Fernando.

(Anónimo)

De Antequera partió el moro
 tres horas antes del día,

con cartas en la su mano
 en que socorro pedía.
 Escritas iban con sangre,
 mas no por falta de tinta.
 El moro que las llevaba
 ciento y veinte años había;
 la barba tenía blanca,
 la calva le relucía;
 toca llevaba tocada,
 muy grande precio valía.
 La mora que la labrara
 por su amiga la tenía;
 alhamar en su cabeza *monita enamada*
 con borlas de seda fina;
 caballero en una yegua,
 que caballo no quería.
 Solo con un pajecico
 que le tenga compañía,
 no por falta de escuderos,
 qu'en su casa hartos había.
 Siete celadas le ponen
 de mucha caballería,
 mas la yegua era ligera,
 d'entre todos se salía;
 por los campos de Archidona
 á grandes voces decía:
 —¡ Oh gran Rey, si tú supieses
 mi triste mensajería
 mesarias tus cabellos
 y la tu barba vellida!—
 El Rey, que venir lo vido
 á recebir lo salía
 con trescientos de á caballo,
 la flor de la morería.
 Bien seas venido, el moro,
 buena sea tu venida.

—Alá te mantenga, Rey,
 con toda tu compañía.
 —Dime, ¿qué nuevas me traes
 de Antequera, esa mi villa?
 —Yo te las diré, buen Rey,
 si tú me otorgas la vida.
 —La vida t'es otorgada,
 si traición en ti no había.
 —¡ Nunca Alá lo permitiese
 hacer tan gran villanía!
 Mas sepa tu real Alteza
 lo que ya saber debria,
 qu'esa villa de Antequera
 en gran aprieto se vía,
 qu'el infante Don Fernando
 cercada te la tenía.
 Fuertemente la combate
 sin cesar noche ni día;
 manjar que tus moros comen,
 cueros de vaca cocida:
 buen Rey, si no la socorres
 muy presto se perdería. —
 El Rey, cuando aquesto oyera,
 de pesar se amortescía;
 haciendo gran sentimiento
 muchas lágrimas vertía;
 rasgaba sus vestiduras,
 con gran dolor que sentía;
 ninguno le consolaba,
 porque no lo permitía.
 Mas después, en sí tornando,
 á grandes voces decía:
 —Tóquense mis añafles, *trompetas rectas*
 trompetas de plata fina;
 júntense mis caballeros
 cuantos en mi reino había,

vayan con mis dos hermanos
 á Archidona, esa mi villa,
 en socorro de Antequera,
 llave de mi señoría. —
 Y así con este mandado
 se juntó gran morería:
 ochenta mil peones fueron
 el socorro que venía,
 con cinco mil de á caballo,
 los mejores que tenía.
 Así en la Boca del Asno
 este real sentado había
 á vista del d'el Infante,
 el cual ya se apercebía
 confiando en la vitoria
 que d'ellos Dios les daría,
 sus gentes bien ordenadas:
 de Sant Juan era aquel día,
 cuando se dió la batalla
 de los nuestros tan herida,
 que por ciento y veinte muertos
 quince mil moros había.
 Después de aquesta batalla,
 fué la villa combatida
 con lombardas y pertrechos, *canones pedreros*
 y con una gran bastida,
 con que le ganan las torres
 de donde era defendida.
 Después dieron el castillo
 los moros á pleitesía,
 que libres con sus haciendas
 el Infante los pornía
 en la villa de Archidona,
 lo cual todo se cumplía;
 y así se ganó Antequera
 á loor de Santa María.

XXV

Salen los moros de Granada con Muza y Boabdil
á recobrar á Jaén

(Anónimo)

—Reduán, bien se te acuerda,
que me diste la palabra
que me darías á Jaén
en una noche ganada.
Reduán, si tú lo cumples,
daréte paga doblada,
y si tú no lo cumplieres
desterrarte he de Granada.
Echarte he en una frontera,
do no goces de tu dama.—
Reduán le respondía
sin demudarse la cara:
—Si lo dije, no me acuerdo;
mas cumpliré mi palabra.—
Reduán pide mil hombres,
el Rey cinco mil le daba.
Por esa puerta de Elvira
sale muy gran cabalgada:
¡ Cuánto del hidalgo moro!
Cuánta de la yegua baya!
Cuánta de la lanza en puño!
Cuánta de la adarga blanca!
Cuánta de marlota verde!
Cuánta aljuba de escarlata!
Cuánta pluma y gentileza!
Cuánto capellar de grana!
Cuánto bayo borcegui!
Cuánto lazo que le esmalta!

Cuánta de la espuela de oro!
Cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa
y experta para batalla:
en medio de todos ellos
va el rey Chico de Granada.
Miranlo las damas moras
de las torres del Alhambra.
La reina mora su madre
d'esta manera le habla:
—Alá te guarde, mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda,
y te vuelva de Jaén
libre, sano, y con ventaja,
y te dé paz con tu tío,
señor de Guadix y Baza.—

XXVI

Rebato de los cristianos de Jaén, al mando del
obispo Don Gonzalo, contra los moros de Gra-
nada.

(Anónimo)

Día es de San Antón,
ese santo señalado,
cuando salen de Jaén
cuatrocientos hijosdalgo;
y de Úbeda y Baeza
se salían otros tantos,
mozos deseosos de honra,
y los más enamorados.
En brazos de sus amigas,
van todos juramentados